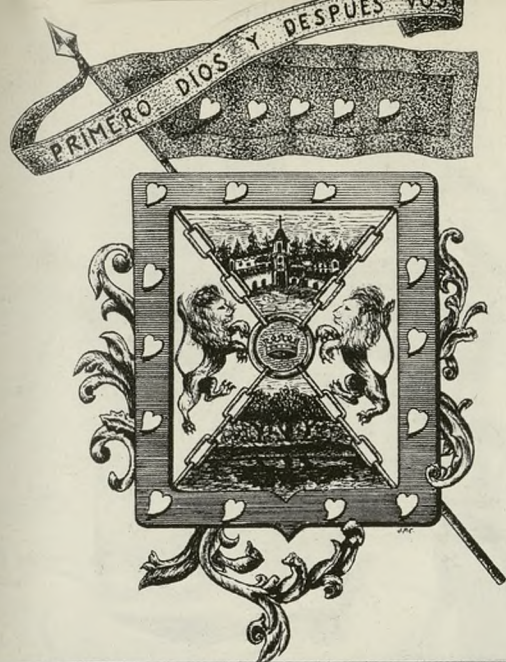


CUENCA

CASTILLA DEL OTRO MUNDO



Arriba: Escudo de la ciudad de Cuenca, del Ecuador y vista aérea de la misma ciudad. En el centro de la fotografía puede verse la nueva Catedral en construcción.

El Chimborazo coronado de blancas nieves.

mar ensimismado de los indios más ausentes que en parte alguna junto a las nieves del "tata" Chimborazo, Riobamba es una isla de humanidad y de castellanía. Ya no es la nobiliaria ciudad de San Felipe, arrasada por los terremotos con todos sus palacios y sus templos, pero aún luce en su catedral algunas de sus piedras bien labradas y todavía deambulan por sus calles las viejas estirpes ceremoniosas de los Dávalos y los Avilés. En el ocaso contemplamos desde sus terrazas un espectáculo de ensueño: el Chimborazo de color de rosa y el incendio de las nieves del Altar, esa gran era andina, con dos cuernos de roca, que es el trono del Dios del Sinaí.

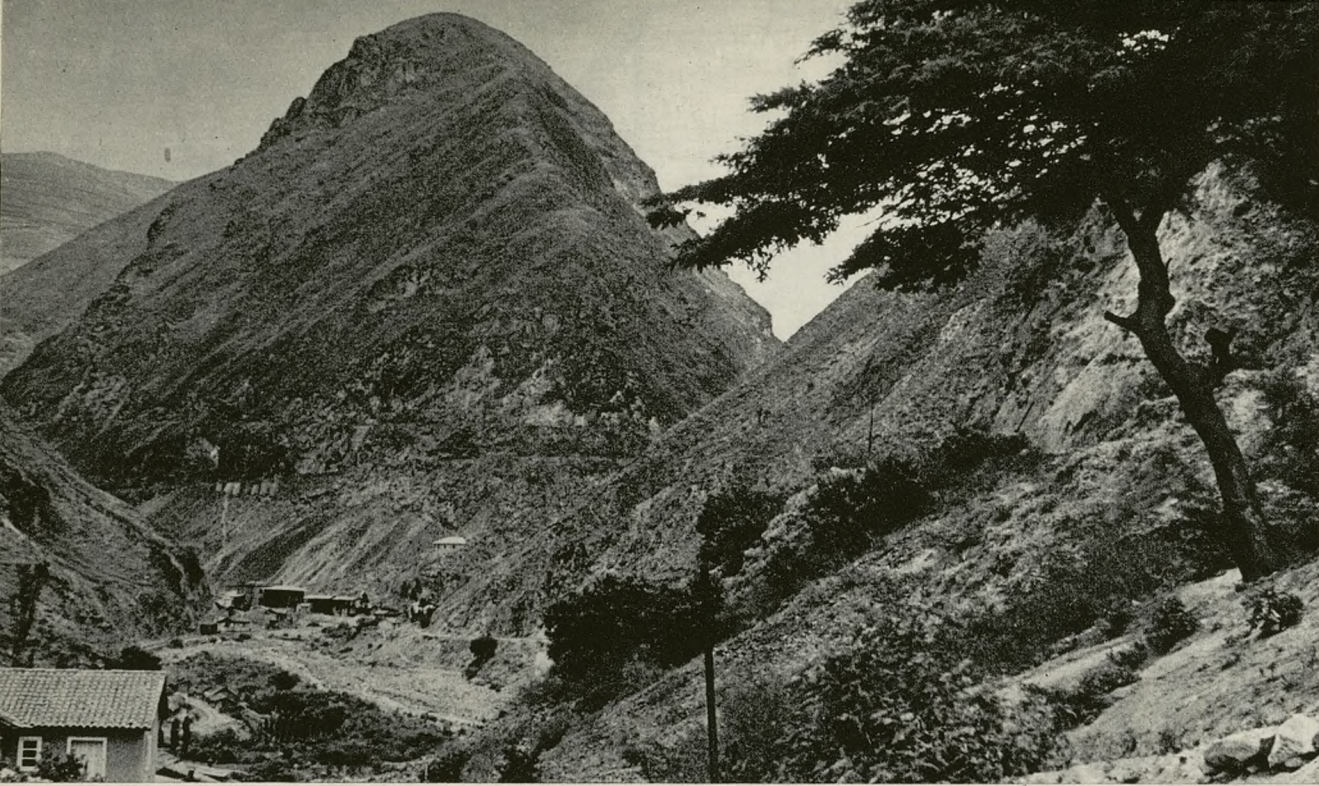
Descansar en Riobamba es excusado. en ese "Hotel de irás y no dormirás", donde las locomotoras de la estación parece que relinchan por las alcobas de los huéspedes. Así no perderemos el tren de la otra madrugada, el que nos transporta por Cajabamba y la laguna de Colta, siempre admirando al padre Chimborazo, hasta las dunas frías de Palmira, a casi cuatro mil metros de altura, y nos hundiremos después en el cañón del río Chimbo para montarnos en la mismísima "Nariz del Diablo".

Al pie de esta verruga de la cordillera, por la que el ferrocarril trepa en esguinces, retrocediendo tres veces, el empalme de Sibambe es realmente un apeadero endiablado, del que arranca en la tarde un triste autocarril que se pierde muy pronto en las soledades y en las nubes. Vamos casi resbalando por las fenomenales laderas de Chunchi, en un aire de encima de este mundo, y nos sobrecogen la lluvia y la neblina en los páramos estratosféricos de Tipococha. Descarrilamos una vez, pero otra nos detenemos a tiempo ante una piedra. En la cerrada oscuridad casi astronómica, el autocarril es un pequeño mundo humano que debe cruzar como un bólido encendido ante los indios absortos en la tiniebla de sus bañas.

Transidos del misterio de los Andes, llegamos a una estación de luces turbias, donde nos reciben caballerosamente unas claras voces castellanas. Esta es Azogues, vieja tierra minera, y detrás de ella perforamos la noche con una procesión de faros de automóvil. Hemos llegado a otra ciudad dormida, de anchas calles silentes, y hemos oído desde nuestro lecho los broncos sonos del reloj de una catedral. A la madrugada, día de sábado, ha pasado ante nuestro balcón y se ha ido amortiguando poco a poco el canto de un rosario de la aurora. Se arrastraban los pasos de gentes numerosas, que alternaban con dejos musicales exóticos las cadencias de las avemarias. Nuestro sueño era un duerme-



EL tren sale de Quito a la del alba, rumbo al sur, por la avenida de los volcanes. En la gloriosa luz de la mañana, sobre el paisaje verde de los valles, desfilan a derecha y a izquierda los altos picos nevados o sin nevar. Hemos salido de entre los pliegues del Pichincha y dejamos atrás el suntuoso espectáculo del Cayambe —alta mesa de hielo—, y el del barco de nieve del Antisana, seguido por las crestas del Sincholagua, el Pasochoa y el Rumiñahui, cabezas jóvenes que aún desdeñan las canas. A la derecha pasa el Atacazo, vetado de azufre, y se yergue desnudo el Corazón, cuyo vértice hoy tiene hebras de plata. He aquí de pronto a la izquierda, el gran cono nevado del Cotopaxi —perfecto Fujiyama de los Andes—, y un poco más allá, del otro lado, los nevados gemelos Illiniza. El tren cruza los páramos ateridos, la ciudad de piedra pómez de Latacunga y el oasis de Ambato entre colinas de polvo. Jadea por las estepas de Urbina, frente a la mole blanca del Chimborazo, que parece la testa marmórea de un emperador. El Carihuairazo es un escudero que le guarda la espalda y el Tungurahua los mira de lejos, fosco y agrio, con un mechón de nieve sobre sus entrañas de fuego. Pasa un tropel de indios impasibles, arreando a unas llamas enigmáticas, con cuellos de góndolas vivientes. Hemos llegado a Riobamba en pleno mediodía, bajo el cenit del sol ecuatorial. En medio del piélagos petrificado de las cordilleras y el



La «Nariz del Diablo» cerca de la Cuenca ecuatoriana.



Arriba: Niños («guaguas»), ataviados para un «paso de niño».—Abajo: Procesión en Gualaceo de Cuenca.



Chola cuencana tejiendo sombreros de paja toquilla.

vela de trasmundo, con volcanes nevados, indios taciturnos, llamas como esfinges y cirios en procesión. Nos sentíamos en un mundo distinto, no de allende los mares sino de encima de las nubes. Y al despertar nos vimos en Castilla.

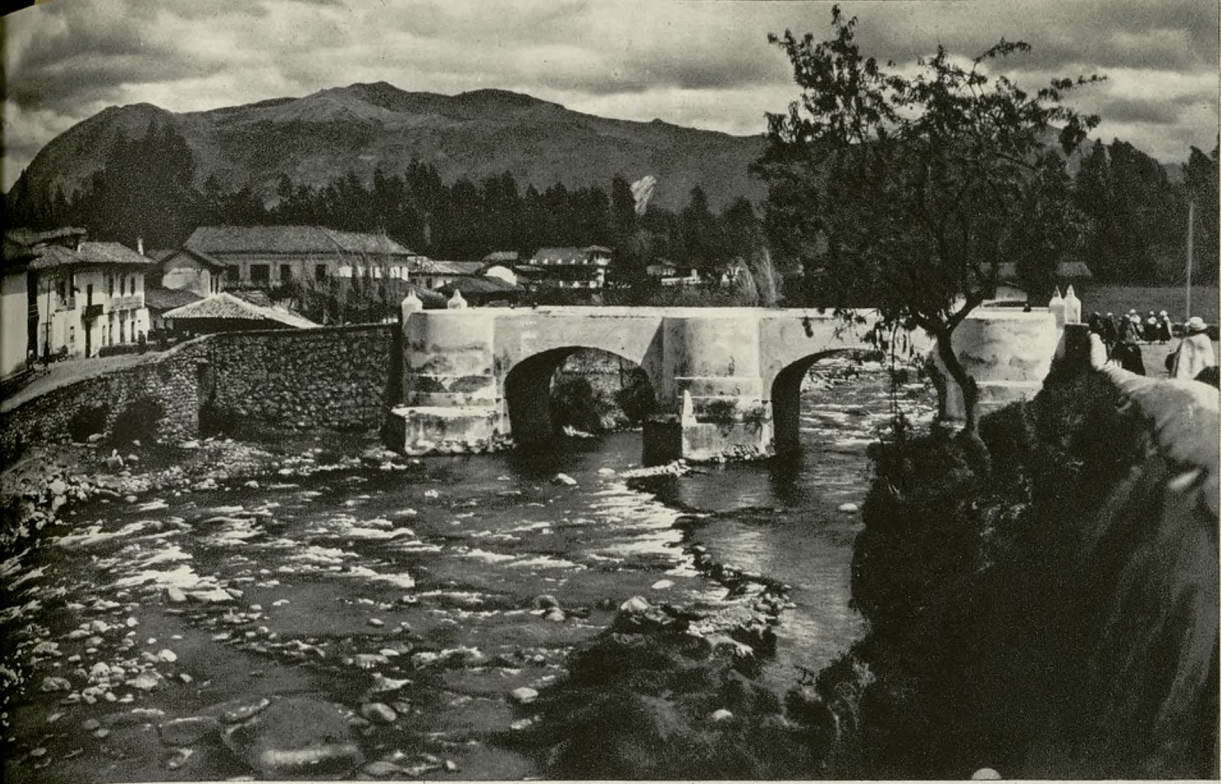
NUESTRA "MONTAÑA" EN LOS ANDES

Alta Castilla de por las fuentes del Ebro, con nubosas montañas y ríos cristalinos, con praderas de pastos y filas de eucaliptus. Estábamos en Cuenca, la de América, no empinada sobre rocas como la Cuenca de España, la de las hondas hoces del Júcar y del Huécar, sino tendida sobre un llano verde —Guapdonélig "llanura como el cielo"—, con tres ríos de sauces a los pies, entre maizales pingües y copudos capulíes. (El capulí es la guinda de los Andes, eufónico rubí vegetal para los madrigales y las églogas.) Estábamos en la ciudad de Santa Ana de los Ríos, llamada de Cuenca porque al virrey Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se le encendían en Lima las nostalgias de su Cuenca natal.

Y era verdad que nos sentíamos en Castilla. Nos rodeaban gentes de prócer estatura y rostros rubicundos, que hablaban castellano con el tonillo cantarín de Santander, buenos apellidos: Dávila Ordóñez, Crespo, Toral, Arízaga, Romero, Valdivieso, Tamariz, con los cuales se entremezclaron los Cepedas que fue-



Convento de la Concepción.



Puente español de «El Fado», en Cuenca.

ron hermanos de Santa Teresa de Jesús; gentes a un tiempo mismo señoriles y patriarcales, como los hidalgos de la "tierruca" de Pereda; blancas familias prolíficas y robustas como nuestras estirpes de Cantabria. El pueblo mestizo que bullía en el mercado tenía muy buen color, de salud y de sangre, y abundaban entre él los niños rubios. Con sus refajos multicolores de "bayeta de Castilla" y sus mantos o "macanas" de largos flecos almidonados, lucían las cholitas cuencanas sus lindos rostros, casi de mozas de Lagartera o de Medina, bajo el insólito tocado de sus sombreros de paja toquilla, orlados a veces de rayos rubios por los ribetes aún sin terminar.

Erase el día de Reyes y estaba el pueblo en las calles, en pintorescos "pasos de Niño" que acompañaban a las imágenes del Infante Divino entre banderolas y hojas de rosa, con criaturitas vestidas de capitanes castellanos y de jíbaros de la selva del Amazonas. En la iglesia de Santo Domingo, ornada con quince estupendos lienzos barrocos de los misterios del Rosario, voces infantiles cantaban agudamente en el coro los villancicos que allí llaman "tonos de Niño", entre un gran estrépito de campanillas y de fingidos gorgeos de pájaros:

Perdona, Niñito,
si un beso te dí
porque tu boquita
—boquita, Niñito—,
creí un capulí...

"PRIMERO DIOS Y DESPUES VOS"

Es que nos hallábamos en medio del pueblo más tradicionalmente castellano y católico de los Andes del Ecuador, fruto del largo asentamiento de los conquistadores de España y de su buena inteligencia con los "cañaris" indígenas; inteligencia de guerra con los varones de bronce, sin cuya ayuda no hubiera sido posible la derrota de los caciques de Atahualpa, e inteligencia de amor con sus hermosas mujeres. Estábamos en la ciudad española que pobló en 1557 el bravo andaluz de Baeza D. Gil Ramírez de Dávalos, capitán ya maduro y aún fecundo, y a la que el virrey Cañete dió sus propios blasones de cadenas y hojas de álamo y su misma corona de marqués, bajo un mote heráldico derivado de aquel "Dios e Vos" de su abuelo D. Iñigo, el de las "serranillas".

"Primero Dios y después Vos" es la leyenda del escudo de Cuenca, sabrosa frase ambigua de religión y de cortesanía, porque tanto se aplica a Nuestra Señora del cielo como a las damas de los pensamientos varoniles. Mote valiente y de sentido cierto, que se refleja lo mismo en la estricta ortodoxia de los cuencanos que en la galanura de su tradicional inspiración poética, fruto de su clara sangre y de su privilegiado solar. "Primero Dios y después Vos" parece un lema de cristianos viejos, bien avenidos con su fe y con el esplendor de su

conquista, arraigados en Castilla y desenvueltos en Andalucía, pletóricos de empuje en la Andalucía Mayor de las Indias.

Tiene por eso esta Cuenca, junto a la solera castellana, un acento andaluz inconfundible, enjalbegado de cal y ornamentado de espejos barrocos. Su anchuroso cogollo virreinal luce una catedralita blanca, con un órgano de parroquia de Carmona; un Cabildo campesino, como un caserón de cortijo; un convento del Carmen, con una puerta de columnas báquicas y curvas de granadas y racimos; y otro convento de monjas de la Pura y Limpia Concepción, con la espada-



Fachada del convento del Carmen.

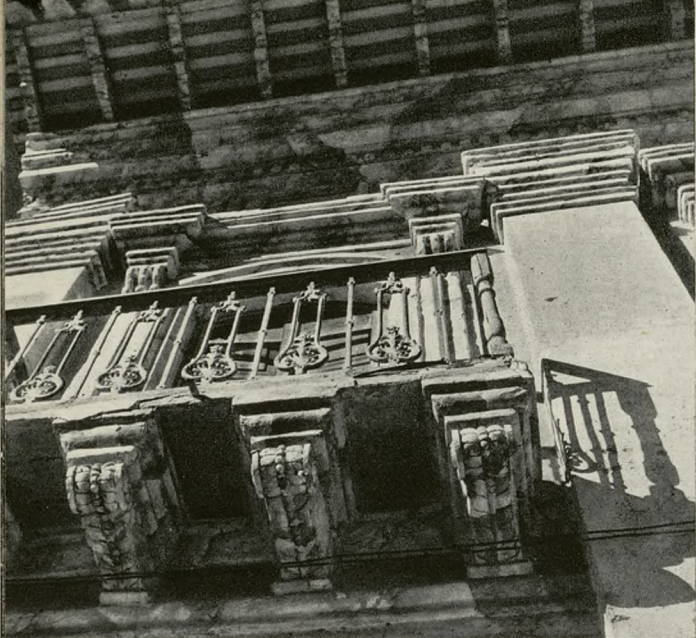


Pórtico del mismo convento.



Arriba: La antigua Catedral de la ciudad ecuatoriana.—Abajo: Fachada del convento de la Concepción.





Típico balcón de una antigua casa de Cuenca.



Porche de una vieja vivienda cuencana



Detalle de la puerta del Carmen.

ña de doce ojos más hermosa que España echó a volar en las Américas. Las casas de esta Cuenca tienen por eso, tras sus dinteles de pétreos follajes típicos y sus balconillos saledizos, patios encantados con guacamayos y con flores. Por eso tiene esta Cuenca un puente blanco que lo llaman del Vado y un anchuroso Ejido verde que contemplará su ensanche, entre las linfas y los guijarros del Tomebamba, el Tarqui y el Yanuncay.

LA "FABRICA" DE UNA CATEDRAL

A una ciudad así, de cierta estirpe, cuya sangre es la garantía de su fidelidad y su progreso, le estaba reservada una alta empresa, águila real de los nidos de antaño, inverosímil en estos tiempos de prosa comercial y en aquel rincón casi innaccesible de los Andes. A finales del siglo XIX, cuando caía sobre el Ecuador la ola del laicismo liberal, los cuencanos decidieron construir en su plaza mayor una catedral de ciento seis metros de largo por cuarenta de ancho, con dos torres y tres cúpulas de setenta u ochenta metros de altura. León se apellidaba el obispo que emprendió semejante tarea y en verdad que era empresa de leones, propia de los herederos de aquellos canónigos de Sevilla que resolvieron levantar una catedral tan grande "que los que la vieran nos tuvieren por locos".

Ahí está en pie la catedral de Cuenca, con su ábside completo y sus bóvedas a punto de cerrarse, con sus labores de tierno mármol indígena sobre el buen ladrillo de su mole rotunda, un tanto híbrida en su estilo entre románico y bizantino, proyecto de un religioso alemán que se inspiró flagrantemente en el "Sacre Coeur" de Montmartre. El canónigo que la dirige, con fervores de creyente y de enamorado, responde a los castellanos nombres de Palacios y de Bravo, y el maestro de obras que se afana por los altos andamiajes, para hacer honor a la raza que engendró a los alarifes y escultores de Quito, es un indio llamado Luis Antonio Chicaisha.

Aquel canónico quijotesco, firmísimo baluarte de hispanidad en su tierra, nos invitó una mañana a visitar la "fábrica". Así nada más, la "fábrica", como en Cuenca se denomina castizamente la obra gloriosa de su catedral. Recorrimos con él la enorme cripta, verdadera catacumba en la que duermen los muchos hijos ilustres de Cuenca en el último siglo, y ascendi-



«Macana» o paño de las cholitas de Gualaceo, cerca de la Cuenca ecuatoriana, con el escudo de España del reinado de Fernando VII.

mos después, por amplios caracoles, a los potentes arcos de la fábrica insigne. Arcos de triunfo para el obispo León, de perpetua memoria, y para el obispo Heredia, que rige hace veinticinco años la sede cuencana; para el canónigo y para el indio constructores y para todos los cuencanos, religiosos y seculares, con cuyo amor y cuyo sacrificio se está alzando la mayor de las catedrales de la América del Sur.

Y LA CASTILLA DEL AMAZONAS

Nuestro entrañable descubrimiento de la Castilla del otro mundo tenía que redondearse con un hallazgo de maravilla. Detrás de esta Castilla de los Andes hay otra Castilla de la selva, hacia el Amazonas, la frustrada Castilla de las Especies, de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, y la Castilla de los mineros y de los misioneros, decapitada por la insurrección de los jíbaros y la expulsión de los jesuitas. Desbordáronse los castellanos de Cuenca y de Loja —la otra ciudad de los Andes, cuyo escudo representa a un escudrón de caballeros saliendo de un castillo embanderado—, y por los arduos cauces de los ríos se precipitaron desde el promontorio de la cordillera al verde mar inmóvil de las selvas. Fundaron en el oriente ecuatorial las ciudades de Zamora, Logroño, Avila y Valladolid..., quimérica Castilla de las minas de oro, donde hoy la

selva ha vuelto a germinar sobre la sangre y el trabajo inútiles.

Aunque no tan baldía la empresa de Castilla. Quien esto escribe estuvo en Gualaceo, aguas abajo del gran río de Cuenca, por el portillo que abren las murallas de los Andes en busca del Morona y del Santiago, tributarios del Río de las Amazonas. En Gualaceo se remansa un arroyo eglógico, llamado de Santa Barbola en los cronicones españoles, que arrastraba harto oro en los siglos pasados. Es Gualaceo un pueblecillo chico, a modo de un villorrio de Castilla, con su parroquia consagrada a Santiago Matamoros y su plaza de casonas con soportales de madera, como las "casas pinariegas" de Burgo de Osma, allá en el corazón de Soria pura. Yo he visto en esa plaza una procesión castellanísima, con una Virgen menuda en andas de cuatro mozas y un breve séquito humilde de músicos y de



Claves de la ciudad de Cuenca (Ecuador).

cofrades. Entre los indios lampiños había algunos con barbas rojizas, nietos de sabe Dios qué godos o qué celtas. Y en el mercado del pueblecillo remoto, a millares de leguas de Castilla, en el borde de un mundo aún fantasmal, he visto cómo las cholitas de Gualaceo compraban a docenas sus "macanas" con el "Sello España". Con el escudo de España, sí, el escudo borbónico de hace ya siglo y medio, rodeado de palomas y de floreros ingenuos. Y en el pie esta leyenda: "VIVA ESPAÑA".

ERNESTO LAORDEN MIRACLE